

infancia y el acercamiento fraterno, en cierto modo como tutelaje intelectual que Victoria le brindó desde el bautismo, se advierten allí. En parte la diferencia de edad –Victoria era trece años mayor que Silvina–, en parte la admiración hacia la hermana mayor impedían a la menor demostrarle el cariño que habría querido manifestar:

Aunque no vivamos en un cuento de hadas
llegaste a mi bautismo,
y llegaste con un regalo que nadie regala:
un misterioso amor lírico.

El reproche que se hace Silvina es el de la dilación en el envío de una carta escrita para Victoria. Nuevamente, la distancia triunfó sobre la demostración del cariño. Cierta vez en que un músico afamado de mi amistad, Simón Blech, dirigió *El príncipe Igor* en un concierto que se llevó a cabo en la plaza San Martín de Tours, debajo de las ventanas de la casa de los Bioy, Silvina hizo el siguiente comentario: «Yo nunca me acuerdo de Victoria, ¿sabés?, pero cuando escucho *El príncipe Igor* me da mucha tristeza y me acuerdo de ella. Victoria siempre lo estaba tocando al piano». Estos conciertos al aire libre se daban durante el verano de 1987 y a Silvina le había gustado mucho el que había dirigido el maestro Simón Blech. Indudablemente, una profunda evocación tuvo para con su hermana, a quien la unía tanto la música, como los árboles y las plantas.

Cuando los años, lentamente, fueron cercándola hasta el punto de llevarla, por preferencia, a permanecer en su casa todo el tiempo, fue Bioy quien le proporcionaba la posibilidad de ver videos, para estimularle la imaginación. «¿Ves cómo recibe estas cosas?» me dijo un día Bioy con ternura, «se le han ocurrido muchas ideas, ahora escribe algo sobre los animales; me pone muy bien que Silvina pueda escribir algo». Sin ninguna duda, Bioy fue el destinatario del amor de Silvina, a él dirigió los más intensos sentimientos de su pasión: los reclamos del olvido o del abandono, la pregunta por el sentido de todas las cosas, la alegría perruna dirá (en el poema «Espera» de *Amarillo celeste*), de recibirlo en la noche después de su retorno: «Sonetos a la imaginación» (*Los nombres*, 1953), «Amar», «Qué es amar», «Espera» (*Amarillo celeste*, 1972), «La llave maestra» (*Poesía inédita y dispersa*, 2001). Los cinco sonetos dedicados a la imaginación, del libro *Los nombres*, tienen la particularidad de haber sido escritos en aquellos años –en que como muchos otros años– la literatura del compromiso hizo olvidar a la fantasía. Declaración de lealtad intelectual y amorosa a

Bioy Casares, a quien se los dedica, es asimismo declaración de lealtad a su musa, la imaginación:

En tus efímeras y abiertas manos,
le entregaré, le entrego el corazón,
que es de cristal y de adivinación.

La seguiré hasta el fin de los veranos.
La seguiré por largas galerías
con la belleza y el horror por guías.

Más que los viajes en el espacio, Silvina tuvo en cuenta los viajes del intelecto, a los que vuelve en forma constante, como en los sonetos mencionados, preguntándose por el origen de las cosas, los motivos más abstractos y religiosos, los comportamientos humanos y animales, de los que recuerdo el bellissimo poema «Los delfines» de *Amarillo celeste*, y una elocuente observación sobre su perro Catriel: «Extraño su discreción, su silencio, sus ladridos, esa manera espontánea que tiene de ser». Las meditaciones, estudios de filosofía, la actividad con la pintura y el dibujo, el dibujo y la copia, colaboraron con el desarrollo de temas enlazados en minucioso despliegue de conjeturas y de afirmaciones que se desplazan y se corrigen continuamente, como en el paradigmático poema «Los diseños» (*Los nombres*, 1953), donde los alejandrinos aconsonantados lucen al desnudo el dominio de la argumentación y una clara ambivalencia que se vuelve fecunda. Querer y no querer, estar y no estar, ser abandonada y abandonar, ambiguos y contrapuestos sentimientos de los que son muestra ejemplar el soneto «El balcón», donde canta a sus dos patrias, Francia y Argentina, eligiendo por fin la difícil identidad de una suerte de apátrida⁴:

En el verano de un balcón, en Francia,
mirábamos los cedros extranjeros
y un demasiado azul en la distancia
lago, lleno de ceibos y jilgueros.

Nos gustaba una patria más vacía:
No hay aquí una palmera, yo decía.

⁴ Me he extendido en la interpretación de los «Sonetos del jardín», y de éste soneto en particular, en los ensayos de *Inveniones a dos voces: ficción y poesía en Silvina Ocampo* (Buenos Aires, Ediciones del Valle, 2001, 2.^a edición aumentada).

*¡No nos despierta el Río de la Plata
con las aguas barrosas, con las naves!*

*¡Ah! yo prefiero el Río de la Plata.
Fiel a la ausencia y todavía ingrata,
soy a veces aquí una forastera:*

*falta ahora el balcón, no la palmera,
faltan cedros, y no costas barrosas.
¡Ah, qué azul era el lago y había rosas!*

El amor por las dos patrias, tan presentes en su obra, apareció una vez más con motivo de un viaje a Francia, cuando fui invitada por la Universidad de Toulouse-Le Mirail, por sugerencia del escritor Mario Goloboff. Con motivo de *Tango, rebelión y nostalgia* –mi ensayo sobre las letras de los tangos– participé en el coloquio internacional en homenaje a Carlos Gardel. Desde el momento en que Silvina supo la noticia, más que otras veces me llamaba para preguntarme sobre lo que escribiría para la ocasión, sobre los lugares que visitaría, sobre el abrigo que pensaba llevar, y me regaló un hermosísimo paraguas. Daba la impresión de que la viajera hubiera sido ella misma, tal ansiedad le había despertado el viaje, que era mi primer viaje a Europa. Entonces, me pidió que leyera en aquel encuentro de escritores, profesores e investigadores, su poema «El zorzal insistente» dedicado a Carlos Gardel, que leímos en francés y en español, Milagros Ezquerro y yo. De esa manera tuvimos su presencia en el otoño europeo de 1984, para aquella celebración del tango y la voz de Carlos Gardel. Siempre recordaba con emoción al cantante, a diferencia de Bioy y de Borges, que eran mucho menos entusiastas.

Un día me sorprendió la noticia de que me había hecho un retrato, no era el primero ni el único, ya que le gustaba retratarme al lápiz, como lo hacía siempre con los amigos. Pero éste era distinto. Cuando lo vi, la cabeza rodeada de flores y mariposas de diversos colores, tuve la alegría de saber que ella había interpretado lo que yo sentía por ir a Francia, cumpliendo mis sueños adolescentes de estudiante de francés. Años después, para la cubierta del relato *El ramito*⁵, elegí ese retrato.

Silvina se preocupaba por saber si yo escribía, diciéndome «Tenés tanta imaginación... pero no te das tiempo para escribir, y la vida te enseñó a ser así. No tenés tiempo para vos, tenés las horas como sacadas de vos». Se

⁵ Noemí Ulla, *El ramito*, Buenos Aires, *Último Reino*, 1990.

lamentaba de que no tuviera el tiempo suficiente para escribir más, en medio del farrago de ocupaciones que me absorbían y de las que ella hubiera querido liberarme. Se preocupaba mucho por las personas que la rodeaban, para que logaran realizar sus deseos, a menudo se lamentaba por la enfermedad de Borges y la imposibilidad de que pudiera recuperar la vista. «¿Te das cuenta, pobre Georgie, todo lo que tiene que padecer?» solía decirme. Con frecuencia hablaba de mi libro *Ciudades*, de los cuentos allí publicados y puso en verso uno de ellos por el que quizá sentía mayor atracción⁶. Me asombraba el entusiasmo de una frase que aún tengo en el oído: «¡Qué libertad tenés para escribir!» Por cierto, su observación surgía de una estética literaria que le había exigido seguir rigurosamente las formas más tradicionales del cuento, y que más adelante consiguió abandonar como aspiraba, en la composición de sus dos últimos libros (*Y así sucesivamente* y *Cornelia frente al espejo*).

El rumor de su voz tan especial, algo vacilante por momentos, como creando el misterio y el encanto de estar contando un cuento, está muy presente en mi recuerdo. Hoy, el significado de todo lo que ha escrito comienza a valorarse, aún por los detractores de otro tiempo, cuyas críticas formadas en el prejuicio ideológico que censuraba su imaginación, por «falta de compromiso», olvidaban que tanto la literatura testimonial, la de denuncia, como la literatura fantástica, pueden convivir en una sociedad civilizada.

Despreocupada de las modas, y sin proponérselo, Silvina Ocampo se ha impuesto como lectura obligada de la actualidad. El talento, la particular innovación de la escritura, las traducciones de poesía, la personal impronta en las artes plásticas, reclaman un lugar insoslayable en la literatura universal que esta escritora, como pocas en su tiempo y en la lengua española, se merecen con holgura.

⁶ *La versificación de mi cuento «Éxtasis» (del libro Ciudades, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983), realizada por Silvina Ocampo, apareció por primera vez en idioma francés, incluido en la traducción de Ciudades, Toulouse, Ombres, 1994 y en español en el reciente Poesía inédita y dispersa, ob. cit.*